

TuA. HUELGA

EN LOS

FERROCARRILES DE LOS ESTADOS-UNIDOS

DE LA AMÉRICA DEL NORTE EN 1877.

Informe leído por el Excmo. Sr. Marqués de la Vega de Arruijo en las sesiones de 14, 21 y 28 de Enero y 4 de Febrero de 1870.

Ante la preocupación de muchas naciones de Europa sobre el socialismo, que con diferentes nombres se presenta lo mismo en Rusia bajo el de nihilistas, que se atreve en Alemania á proclamar abiertamente su doctrina, gracias á la gran libertad que hasta ahora han tenido todas las opiniones en aquel país, coincidiendo su desarrollo con haberse atentado en el corto espacio de un mes por dos veces contra la vida de su anciano Emperador, que, á pesar de su edad avanzada, ha visto la Europa á la cabeza de su ejército y constituir la unidad alemana, sufriendo las fatigas de una gran campaña; ante el espectáculo que uno y otro día están dando los rojos en Francia, no sólo pidiendo la aplicación de la amnistía á los desterrados de la *Commne*, sino proclamando las doctrinas socialistas más absurdas, con el asentimiento y entusiasmo de las masas de poblaciones importantes de Francia; cuando hace poco tiempo, sucesos que han ocurrido en España y en Italia, llenando de horror y espanto no sólo á estos dos países, sino al mundo entero, revelan que ciertas doctrinas llevan cuando menos la perversión de la humanidad á que se acepte como arma política

lo que no puede ser más que un abominable delito, me ha parecido que tomando por base dos artículos notables publicados en la *Revista de Ambos Mundos* por Mr. Cucheval-Clarigny ¹, con el título de *Las Huelgas en los caminos de hierro*, se debía hacer un estudio sobre esta importantísima cuestión, que exige necesariamente que los hombres pensadores busquen el verdadero origen de semejantes males para combatirlos en la esfera de los principios, sin que por eso se desatiendan los medios de defensa material que hasta ahora han sido casi únicamente los empleados, pero con las consecuencias inherentes á esta clase de luchas.

Al llevar á cabo esta idea, no hago, por otra parte, más que secundar el pensamiento que hace algunos años inició la Academia, la cual, comprendiendo toda la importancia de su alta misión en la esfera científica, excitó una y otra vez á sus individuos á tratar estas cuestiones de verdadera actualidad, que han producido notabilísimos trabajos que el público conoce.

No tengo la pretensión de que el presente estudio alcance la importancia de aquéllos; pero mis deseos quedarán satisfechos si consigo llamar la atención de la Academia sobre el arduo problema que aflige á las sociedades modernas, y si he acertado á interpretar su pensamiento, señalando el derrotero que debe seguirse para combatir el mal y conjurar el peligro.

Mr. Cucheval-Clarigny examina primero las causas que á su juicio influyeron en la huelga, la organización de las asociaciones obreras, y los medios y precauciones que emplearon para llevarla á cabo, señalando después las peripecias de la lucha y su terminación.

Un método análogo he de seguir en el estudio que presento á la Academia, recogiendo los datos más curiosos aducidos por el autor de los artículos, para venir á sacar las consecuencias que de su lectura se desprenden.

Ya el ilustre Macaulay, en quien la experiencia había modificado grandemente sus ideas de la juventud, veía menos

1 1.º y 15 de Octubre de 1877.

asegurados lo que llamaba los intereses legítimos por las instituciones de los Estados-Unidos, que por la monarquía parlamentaria de Inglaterra á pesar de su complicado sistema. Apoyándose en las condiciones excepcionales que favorecieron el comienzo y desarrollo de la federación americana, estimaba que el principio de la soberanía ilimitada del pueblo no se había sometido á pruebas suficientes, y reclamaba una experiencia más eficaz y completa. A un escritor americano que quería demostrarle que la carencia de ese elemento de estabilidad que se encuentra en la herencia de la monarquía no quita á las instituciones americanas nada de su eficacia para proteger los intereses sociales, y que invocaba como prueba la tranquilidad interior de que habían gozado los Estados-Unidos hasta entonces, el ilustre hombre de Estado respondía en una de sus cartas: «Tendréis vuestro Manchester y vuestro Bermingham, y en esos Manchester y esos Bermingham sucederá seguramente que cientos de millares de obreros carecerán de trabajo algún día. Entonces será cuando vuestras instituciones se pondrán verdaderamente á prueba. En todas partes los sufrimientos hacen descontentadizo al obrero, y le predisponen á oír á los agitadores, que les presentan como una iniquidad monstruosa que un hombre tenga millones, mientras que otros se mueren de hambre. Es evidente que vuestro Gobierno no podrá retener en esas circunstancias una mayoría descontenta y agriada por el sufrimiento. Entre vosotros, la mayoría es el Gobierno, que tiene á su disposición á los ricos, los cuales son siempre la minoría; esto producirá la espoliación, que no hará masque aumentar la miseria general, y esta miseria dará por resultado nuevas espoliaciones. No veo nada en vuestras instituciones que pueda deteneros en esta pendiente. Tenéis velas para empujar la nave hacia adelante; pero no descubro el ancla de salvación.»

¿ Habrán llegado para los Estados-Unidos esos días que Macaulay adivinaba ? En medio de una calma aparente y de una seguridad engañosa, la autoridad y la ley se han visto completamente desconocidas en aquel país. Grandes ciudades

han caído y permanecido durante muchos días en poder del desorden triunfante, desoladas por el pillaje y el incendio, corriendo arroyos de sangre: las autoridades municipales y los gobernadores de los Estados han tenido que confesar su impotencia para restablecer el orden, y el mismo Gobierno federal no ha llegado á conseguirlo, sino después de emplear todas las fuerzas militares disponibles y proclamar el estado de sitio. Espectáculo enteramente nuevo en los Estados-Unidos, y que nadie habría creído posible se realizara. ¿Cuáles son, pues, esas causas que han preparado y pueden explicar explosión semejante? ¿Qué combustibles estaban allí hacinados para que una sola chispa haya podido producir tan vasto incendio? ¿Cuál ha sido el verdadero carácter de los hechos de que siete ú ocho Estados de los más florecientes fueron teatro? ¿Qué impresiones pasajeras ó durables han dejado esos sucesos en el pueblo americano? Hé aquí las cuestiones que se examinan en el trabajo que vamos analizando.

I

Durante la lucha entre el Norte y el Sud, fueron campo exclusivo de las operaciones militares los Estados que se habían sublevado contra la autoridad federal; nunca pudieron los confederados llevar la guerra á los que se conservaron fieles á la Union. Como consecuencia de esto, la prosperidad material no sufrió en ello lo más mínimo por la guerra civil. Lejos de eso, las provisiones de toda especie y cuanto necesitaban los inmensos ejércitos que el Gobierno federal había puesto sobre las armas, les eran pagados con gran liberalidad. Las primas considerables en dinero, que tanto este Gobierno como los de los diferentes Estados daban á los voluntarios, atraían hacia sus banderas la maj⁷or parte de los emigrados alemanes é irlandeses, disminuyendo la competencia que podía hacer á los obreros del país la emigración europea, y contribuyendo así la guerra de un modo indirecto á elevar los jornales.

Otra causa, y no menos eficaz, de la elevación del salario, resultaba de las diversas emisiones de papel-moneda. El trabajo y el precio de los objetos de primera necesidad subían á la vez que la desproporción de los asignados americanos. La situación real del obrero no había sufrido alteración ninguna, pues á la par que subían de precio los objetos necesarios á la vida, sucedía otro tanto con el jornal; pero á las inteligencias poco versadas en las leyes económicas que rigen las sociedades humanas, únicamente les preocupaba la cuota nominal de su salario, sin tomar en cuenta para nada las condiciones transitorias que lo habían hecho subir.

Cuando el restablecimiento de la paz privó á los agricultores y manufactureros de la inmensa salida provocada por las compras del Gobierno federal, y unos y otros tuvieron que ir á buscar en otra parte las grandes ganancias que antes les proporcionaban los ejércitos de la República, vino la baja de los precios y por consecuencia la de los jornales. Los trabajadores americanos no querían comprender que la baja de los objetos de primera necesidad y del combustible atenuaba y compensaba la disminución de sus salarios. Sólo veían el hecho material de la reducción, que acogían con profundo disgusto. Trataron entonces de oponer á la baja gradual de los jornales el obstáculo ilusorio y siempre inútil de las huelgas. Debían necesariamente sucumbir en esta lucha contra una ley inexorable, y así perdieron las economías de los tiempos prósperos, quedando en situación más triste y desesperada.

Su error hasta cierto punto podía explicarse: por una anomalía, más aparente que positiva, ciertas industrias parecían escapar á la ley general. A fin de estrechar más los lazos de los diferentes Estados que constituyen la Union Americana, y asegurar al Gobierno central en toda la extensión de ese inmenso territorio una acción más rápida, el Congreso había resuelto facilitar con subvenciones considerables la multiplicación de los caminos de hierro. Esto tenía también la ventaja de que los jefes del partido victorioso podían enriquecer á sus amigos con sumas considerables. Las nuevas emisiones por

una parte, y por otra el desarrollo extraordinario que daban á todas las industrias que tenían relación con los ferrocarriles, así como á las minas de carbón, parecían acrecentar el capital nacional; y sin embargo, este período de especulación desordenada no podía ser duradero. Unos ferrocarriles quedaban sin concluir por haberse disipado el capital en especulaciones y agiotajes sobre los títulos; otros, que estaban acabados, dejaban de abrirse por falta de recursos para organizar la explotación, y todos carecían de los transportes, como consecuencia de la paralización creciente de la industria y del comercio. Desde 1873, para algunos ramos de la industria, y desde el verano de 1874 para otros, fueron desapareciendo los últimos vestigios de la actividad pasada, y ya se pudieron medir en toda su extensión las consecuencias que la guerra civil había producido en la fortuna nacional con la inmensa destrucción de hombres y capitales.

Empobrecido el Sud, no podía dar la salida que el Norte esperaba para sus productos, y bien pronto el exceso de estos mismos productos fué dificultando la situación de las diferentes industrias, disminuyéndose en unos la obra, y en todos los operarios, rebajándose los jornales hasta el punto de calcularse ya en 1877 en medio millón los que quedaron sin trabajo, y en otro medio los que lo tenían solamente algunos días de la semana.

Una de las cosas que más dificultaba la situación de los trabajadores, era la esperanza que les habían hecho concebir algunas sociedades en los días de prosperidad, de hacerlos propietarios de las casas en que vivían, mediante el pago de cierta cantidad mensual, en lo que consumieron lo que do otra suerte hubieran economizado. En los Estados Unidos, las mujeres de la clase obrera no suelen ser sobrias, ni económicas, y por lo tanto carecían de medios de fortuna para seguir cubriendo los compromisos adquiridos. Comenzóse por la tardanza en el pago de la suma tomada á préstamo, y se concluyó por la imposibilidad de satisfacerla, dando por resultado, no sólo la pérdida de la habitación, sino del dinero adelantado.

Los mejores operarios emigraron á la Australia y al Canadá. Según la estadística oficial fué nula, en los últimos dieciocho meses, la emigración procedente de Europa. Como no todos los obreros querían ó podían emigrar, la miseria aumentaba por días, sintiéndose sus funestas consecuencias en todas partes.

La mayoría de las compañías carboníferas de Pensylvania había reducido en 10 por 100 los jornales de sus operarios, y como consecuencia de ello vino la huelga, que duró seis meses. Los mineros que querían volver al trabajo eran maltratados y algunos asesinados por sus mismos camaradas, que habían recibido tan horrible misión. Sus almacenes fueron entregados á las llamas con las máquinas y los edificios. La fuerza puso término á esta situación, en que perdieron la vida, condenados por los tribunales, once de los revoltosos. La calma se restableció, aunque sólo en la superficie.

Por desgracia, influencias maléficas se apoderaron bien pronto de este descontento y redoblaron sus esfuerzos los *Trades-unions* y *La Internacional*, á la sombra de la libertad absoluta de asociación que existe en los Estados-Unidos y ha llegado á penetrar en sus costumbres, hasta el punto de que toda sociedad que reviste su organización de ciertas formas cabalísticas, tiene siempre asegurado un éxito completo. Convidando á ello una situación tan favorable, se fundaron las sociedades obreras que antes de 1851 no habían podido establecerse. Operarios mecánicos ingleses, que al ver el ningún resultado de las huelgas prefirieron expatriarse á someterse, importaron en los Estados - Unidos y en la Australia las teorías y organización con las que nada habían conseguido en Inglaterra. Esta clase de asociaciones se ha extendido rápidamente por todos los Estados, hasta el punto de que no hay profesión que no tenga la suya. Lejos de recomendarse por su filantropía, deja este cuidado á las sociedades de socorros mutuos, y reduce su misión al aumento de jornal, y como medio de conseguirlo la huelga.

Los *Trades-unions americanos* se distinguen de los de Europa por la rigidez con que se cumplen sus reglamentos, á cuya observancia se comprometen mediante juramento, al extremo de

que al ingresar en ellos se enajena por completo la libertad de acción, y el obrero se obliga á obedecer cuantas órdenes reciba de la asociación, á no trabajar con obreros libres, y á no recibir aprendices, medios eficaces de aumentar el jornal. Sobre este punto se ejerce tal vigilancia por los consejos directivos, que los mismos padres no pueden enseñar á sus hijos, ni aun por caridad se permite hacerlo á los desvalidos. Contra este monopolio se va levantando la opinión, que ve en la existencia de tales sociedades un perpetuo atentado contra la libertad humana.

Cuando la asociación ha conseguido de esta manera convertir en esclavos á sus miembros, se vuelve contra el capital, y haciendo caso omiso de la ley de la oferta y la demanda y de las condiciones económicas del mercado, pretende, empleando la amenaza, influir sobre el capitalista para que no pueda cumplir sus compromisos, y aspira asimismo á organizar la mano de obra de que ha de servirse.

La honrosa vanidad de los americanos, al recordar que algunos de sus hombres más importantes habían salido de la clase obrera, va á desaparecer con la nueva organización que dan al trabajo esas modernas sociedades. Teniendo por principio capital la igualdad en los jornales, y no pudiendo establecer la menor distinción entre sus miembros, ningún trabajador puede señalarse por su habilidad ni por su comportamiento, y es inútil que con su conducta y su economía trate de echar los cimientos para establecerse, puesto que ha de trabajar las mismas horas y al mismo precio que los demás obreros. Este sistema, como dice muy bien Mr. Cuheval - Clarigny, decapita el trabajo rechazando á cuantos pueden sobresalir por cualquier concepto.

Si los obreros en general apreciasen bien sus intereses, calculando los descuentos de sus jornales y las privaciones que sufren durante las huelgas, verían claro, que en vez de favorecerlos, los convierte en verdaderas víctimas al enajenar su independencia y su libertad.

II

La Federación Internacional del trabajo tiene, como los *Trades-unions*, una importancia europea; pero no deben confundirse sus partidarios con los socialistas propiamente tales.

Hay, en efecto, en los Estados-Unidos muchas sociedades que han fundado establecimientos que se acercan más ó menos al falansterio. Estas asociaciones tienen por órganos periódicos y otras publicaciones. El principal entre los primeros es el *Socialismo Americano*. Su objeto es la reforma ó la trasformacion de la sociedad actual. No se mezcla en la política, ni en las «uestiones industriales, y conserva los caracteres de secta filosófica. A esta clase de asociaciones llaman en la América del Norte socialistas. Los americanos dan el nombre de *comunistas* á los comités, á los oradores ambulantes y á los periódicos que dependen de la *Federación Internacional del trabajo*.

Esta última asociación, establecida el año de 1867 bajo la influencia de Karl-Marx, tomando por modelo y siendo auxiliar de la Internacional europea, ha debido su desarrollo á los emigrados procedentes de Alemania, imbuidos en doctrinas materialistas y revolucionarias. Antes de su organización se habían hecho algunas tentativas en América para reunir á las sociedades de obreros, pero sin resultado, como la de la *Union del trabajo nacional*, nacida en 1866 en Baltimore, y la *Liga del trabajo*, cuyo centro está en Washington, que por la prudencia y timidez de sus doctrinas no ha podido adquirir influencia en la clase obrera. Sólo la *Federación Internacional*, estimulada por el ardor y la perseverancia de los sectarios que la fundaron, y fortalecida con su sistema de hacer prosélitos en la emigración europea, ha adquirido verdadera importancia. Tiende á extenderse por todo el territorio americano, y con este objeto procura atraerse á todos los *Trades-unions*, no para absorberlos, pues les deja su existencia independiente, sino para someterlos á su influencia, y dándoles un impulso común, trasformarlos en sus

instrumentos. Los *Trades-unions* limitan su acción á la cuestión de los jornales, cuya obra le parece á la Internacional mezquina en comparación de sus más vastas aspiraciones. Los *Trades-unions* aspiran á poner de acuerdo á los operarios de una misma industria para oponerlos á los jefes de ella. La Internacional pretende unir en un fin común los obreros de todas las profesiones y de todos los países, creando una fuerza irresistible que se imponga á la sociedad entera. Está en relación constante con la asociación europea del mismo nombre, de la que se considera una rama, como se demostró bien claramente en los esfuerzos que hizo para que no fuesen aceptadas las ofertas de los industriales ingleses durante la última huelga en el Reino Unido por algunos trabajadores americanos, y en la suscripción abierta á favor de los desterrados de la *Commune* en los Estados-Unidos.

La Internacional, para asegurar sus adeptos, á la par que justificar su nombre, se divide en secciones. Las de los Estados-Unidos son tres : la alemana , la inglesa, que comprende á los americanos y á los irlandeses, y por último, la sección bohemia, que debería llamarse la slava, pues forman parte de ella todos los afiliados de origen slavo, entre los cuales llevan la supremacía los polacos. Los franceses, por su escaso número, están englobados en la sección inglesa. Todos dependen del centro común y obedecen á la misma dirección.

Los Estados del Oeste, adonde se dirige especialmente la emigración alemana, han sido la cuna de la Internacional, y allí es en donde cuenta con más sectarios. En Chicago reside el comité directivo, en el que están igualmente representadas las tres secciones. La *Federación* hace esfuerzos extraordinarios para extenderse por los Estados del Atlántico; pero le embarazan para ello los *Trades-unions* y las sociedades de socorros mutuos, así como en la Nueva Inglaterra tiene que luchar con el sentimiento religioso.

El carácter principal de la Internacional es ser profundamente hostil á toda idea religiosa. Rechaza las sectas cristianas y proscribire todo culto. El libro de Büchner, compendiado y

comentado, reimpresso hasta lo infinito, es su evangelio, el materialismo su filosofía y el ateísmo su religión.

Otro carácter de la Internacional es colocar en segundo término las cuestiones políticas, subordinándolas siempre á las económicas. Siendo el Congreso delegado de la nación, dice, tiene el deber de arreglar todas las cuestiones políticas, y debe asumir también y ejercer la misma soberanía en las cuestiones económicas.

La soberanía nacional de que es representante y mandatario, no reconoce límites, y no se le puede oponer ley ni institución alguna que embarace su acción. El legislador se ha contentado hasta ahora con hacer leyes para asegurar el goce y trasmisión de la propiedad y el capital. Tiene el derecho y el deber de hacer leyes para arreglar su distribución. El primer paso para llegar á la transformación de la sociedad, es que se dicte una ley que fije la extensión de la propiedad inmueble, y que por la aplicación del impuesto progresivo, limite y paralice también la acumulación de capitales y de la riqueza mobiliaria entre las mismas manos, haciéndola improductiva en las délos llamados detentadores. El segundo paso que realizará la revolución social, es hacer que toda propiedad, todo capital y toda industria vengan á ser dominio del Estado, el cual arreglará la explotación en interés de la colectividad y beneficiará los productos. ¿Cómo se llegará á esta transformación social y á que se modifiquen las leyes que rigen la propiedad?

Es preciso en primer lugar, hacer constantemente la guerra al capital, á fin de disminuir el provecho del que lo tiene, y si se puede, lograr que sea completamente improductivo. En segundo lugar, por la unión de los trabajadores, hacer penetrar en las legislaturas de todos los Estados y hasta en el Congreso mismo, trabajadores que profesen y hagan prevalecer las doctrinas de la federación. Es menester que los obreros se separen de los viejos partidos políticos para constituir uno nuevo é independiente, *el partido de los trabajadores*, y por último, en los colegios electorales que no estén en número para ganar la elección, impondrán condiciones á aquellos á quienes hayan de

dar sus sufragios, y exigirán el compromiso de votar ciertas medidas.

Así ha nacido el partido de los trabajadores que ya hizo su aparición en el Oeste, y cuenta mostrarse en las elecciones legislativas. La organización está calcada en la de los demás partidos de los Estados-Unidos, y prosigue con actividad extraordinaria su propaganda. Los afiliados de un mismo barrio eligen un delegado, los delegados de los barrios constituyen el comité metropolitano que designa los candidatos municipales, y señala uno de sus miembros para delegado del comité general del Estado, el cual recibe y trasmite las instrucciones del comité directivo. Los gastos se pagan con las cotizaciones mensuales de todos los afiliados. Las cantidades que pagan los obreros americanos por las diversas sociedades á que están afiliados absorben una gran parte de sus jornales; y sin embargo, es el gasto que hacen con mayor exactitud, á pesar de que si echaran la cuenta del capital que representa, verían que era el más improductivo.

No hay en los Estados-Unidos ninguna asociación algo importante que no esté representada en la prensa por algún órgano especial. *La Federación Internacional* no podía faltar á esta regla, y uno de sus principales medios de propaganda es el *Estandarte del Trabajo*, redactado en Nueva-York por un irlandés llamado J. P. Mac-Donnell; pero el más extendido es *El Trabajo*, fundado recientemente para ser el órgano oficial del partido de los trabajadores, que se publica bajo la dirección de uno de los miembros del comité central, Stephen Pearl Andrews. Para dar á conocer las doctrinas de este periódico, basta copiar textualmente lo que ha dicho juzgando los acontecimientos que motivan el presente estudio.

En una advertencia á sus conciudadanos, mister Andrews declara: «Que nuestra forma actual de civilización ha pasado; que el obrero no puede conseguir que se le haga justicia, pero que está dispuesto á obtenerla, cueste lo que cueste; que hay una mala inteligencia entre los soldados y los obreros; que esta falta de inteligencia no puede durar, puesto que el soldado se recluta entre los trabajadores; es el obrero de las armas y

fraternizará con los trabajadores, tan luego como se le haya hecho conocer á fondo nuestra civilización y cuál es su objeto. Si los grandes y los ricos de este mundo conociesen sus intereses, se apresurarían á restituir al Estado su papel de providencia social *antes de que llegue el reino de la sangre*, pues Nueva-York encierra cuanto se necesita *para renovar en ocho días todos los horrores de la Revolución francesa.*»

En otro artículo, un cierto Madox, que es también uno de los corifeos de la Internacional, se dirige á los milicianos y les pregunta: «¿Cuándo cesarán de asesinar á los trabajadores? ¿Cuándo acabarán de cumplir el compromiso que el capital les ha impuesto y por el cual los pagan? Los hombres que han muerto, dice, son mártires ofrecidos en holocausto por la patria y serán vengados, pues los tiempos de las reformas por las vías del escrutinio han pasado, y es menester ahogar el monstruo, es decir, el capital, para hacerle soltar la presa.»

Tal era la situación de los obreros y las influencias peligrosas que trabajaban aquellas masas predispuestas por el sufrimiento, antes de la huelga llamada de los Caminos de Hierro.

ni

La industria de los ferrocarriles en los Estados-Unidos atraviesa una crisis dolorosa: bastan algunas cifras para formar juicio de su intensidad. Desde el 1.º de Enero al 30 de Junio de 1877, se han declarado en bancarrota 15 Compañías con un capital en acciones de 47.000.000 de dollards ¹ y 85.000.000 en obligaciones, y se pusieron en venta sus líneas. En la misma época se procedió á la de 32 líneas anteriormente caducadas, cuyo capital en acciones ascendía á 50.000.000 de dollards y 75 en obligaciones: por último, 16 Compañías con un capital en acciones y obligaciones de más de 150.000.000 de dollards, han sido secuestradas y las líneas se explotan por cuenta de los

1 Moneda que equivale á cinco pesetas quince céntimos.

acreedores. Además de esos 2.000.000.000 de pesetas que están perdidos ó grandemente comprometidos, se evalúa en más de 3.000.000.000 la depreciación que han sufrido las acciones de las Compañías que aun no han sucumbido. Esta deplorable situación es consecuencia, no sólo del estancamiento de la industria, sino de la competencia de unas líneas con otras para atraerse las mercancías europeas, que son el verdadero tráfico de los Estados del Oeste, alimento insuficiente para todas eUas, tanto más, cuanto que la exportación queda reducida por aquella parte, á la salazón para el exterior, y al aprovechamiento de carnes y cereales para las grandes ciudades.

Todas las líneas que partían de un gran puerto han tenido necesidad de aumentar su red para comunicar con las ciudades más importantes del Oeste, como San Luis, Luisville, Cincinnati, Columbia, Indianópolis y Chicago, que son los depósitos del valle del Mississipí. Cuatro sobrepujan á las otras en importancia: la primera, comenzando por el Sud, es la de *Baltimore* y *Ohío* que sirve el Maryland, la Virginia occidental y el Ohío, y por dos empalmes llega á Washington, la capital de la Confederación, y por el otro á Chicago, atravesando á Pittsburg, centro de la producción minera y metalúrgica de la Pensylvania. Subiendo hacia el Norte viene la llamada *Pentylvania Central*, teniendo por cabeza de línea á Filadelfia, cuya prosperidad debía estar al abrigo de todo ataque, si se considera el número é importancia de las cuencas carboníferas que atraviesa y de los altos hornos que comunica, ya con el valle del Mississipí, ya con los Estados Atlánticos. La *Erié* sirve el Estado de Nueva Jersey y parte con la *Central Pensykania* los trasportes de la región hullera, reuniendo á Nueva-York con los puertos del lago Erice en Búffalo, uno de los grandes depósitos de granos, llegando por último al Canadá. El *Nueva-York Central* cubre con sus empalmes el Centro y el Norte del Estado de Nueva-York, se enlaza con las líneas de la Nueva Inglaterra, y costeanado la frontera del Canadá, llega á Chicago, el puerto de ese Mediterráneo, que se llama el lago Michigan. Otra línea, *Boston, Albany Hoosac*, sirve el Massachussets y los demás

Estados de la Nueva Inglaterra, prolongándose hasta la región de los lagos. Aunque alimentada por Boston y otros puertos que no carecen de importancia, esta red tiene menos tráfico que las otras, porque no llega al valle del Mississipí.

Los productos manufactureros de la Europa que van destinados al Oeste, y los agrícolas del Oeste que vienen á Europa, pueden tomar otra línea, la del Canadá, que pone la navegación de San Lorenzo en relación directa con Chicago y todos los puertos de los lagos inmensos que separan los Estados-Unidos del Canadá. Así cada puerto de los situados sobre el Océano Atlántico, puede ser considerado como el clavillo de un inmenso abanico cuyas varillas llegan á los grandes depósitos del Oeste, y cada uno de estos depósitos es á su vez el clavillo de otro abanico cuyo varillaje cubre el valle del Mississipí.

Esta explicación es de todo punto necesaria para la inteligencia de los acontecimientos que más tarde se relatan al ver la huelga en acción.

La red general de ferrocarriles, admirablemente combinada para que si no se pueden hacer los trasportes por una línea, se hagan por otra ú otras, permitió á la Compañía Boston resistir al principio las consecuencias de la huelga, hasta que los organizadores de ella determinaron en el mes de Julio atacar simultáneamente todas las Compañías.

Las grandes empresas habían reconocido al fin la inconveniencia de hacerse la guerra, estableciéndose un acuerdo de tarifas uniformes y un sistema de división en el pago de los trasportes bajo la dirección de un sindicato con miembros de las diferentes Compañías que permitió reducir el número de los trenes, disminuir la velocidad y aumentar los wagones en los de mercancías. Todas estas resoluciones que el público no veía con gusto, principiaron á preocupar á los empleados de las Compañías, que comprendieron que la reducción de un 10 por 100 en sus haberes, ya llevada á efecto en algunas empresas, había de generalizarse á las restantes.

Dos grandes asociaciones comprenden la casi totalidad del personal de explotación en los ferrocarriles norte-americanos.

La primera en antigüedad y en importancia es *La Fraternidad de los maquinistas conductores de locomotoras*¹. Esta sociedad, que fué en su origen de socorros mutuos y de templanza, y con este título protegida por las Compañías, se ha separado luego del objeto para que fué instituida. Según sus estatutos, es necesario para pertenecer á ella tener más de veintiún años de edad y uno de servicio como maquinista; no admite á los negros ni á los hombres de color, si bien es verdad que unos y otros se hallan excluidos de todas las asociaciones obreras. A cambio de los dividendos, bastante duros por cierto, que reparte la *Fraternidad*, asegura la vida, socorre a los enfermos y heridos y ofrece una viudedad á las mujeres de los socios; pero los estatutos establecen que el que se retira voluntariamente ó el que es expulsado, no tiene derecho á reclamar reembolso de cantidad alguna. Esta cláusula liga al maquinista á la asociación con un lazo indisoluble, y le pone á la merced del comité directivo irresponsable. Así es que si el maquinista toma parte en una huelga sin la autorización del comité directivo, no tiene opción á ningún socorro, y el que rehusa entrar en una organizada ó aceptada por los directores de la asociación, está comprendido en la otra cláusula y puede ser expulsado.

La lucha contra las Compañías es hoy el objeto principal de la asociación, y los socorros el accesorio. La sociedad abraza todas las Compañías de los ferrocarriles americanos; pero cada red está dividida en grupos. Los maquinistas de un mismo grupo forman una logia con su jefe electivo: los jefes de las logias nombran á su vez los miembros del comité ejecutivo, que tiene poderes discrecionales. Este comité decide sin apelación si deben ó no aceptarse las proposiciones de las Compañías al variar sus reglamentos de servicios en la parte referente á las remuneraciones de los maquinistas, aprueba ó desaprueba las medidas propuestas por los jefes de las logias contra una Compañía, ordena las huelgas y fija la época en que han de tener lugar, estatuye sobre las proposiciones de las Compañías, multa ó

1 Brotherhood of locomotive engineers.

despide á los asociados que incurren en falta, y por último, administra y emplea los fondos de la asociación. El presidente actual del comité ejecutivo, llamado Arturo, no ha tenido reparo en decir en una información al comenzar el año de 1877, que bastaría que levantase el dedo para que todos los maquinistas de los Estados-Unidos se bajaran de las locomotoras, sin acabar siquiera el trayecto comenzado. La asociación dispone de fondos de bastante consideración, pues un maquinista tiene en aquel país de 90 á 120 dollards al mes, y la cifra de cotización de cada uno es muy elevada; así es que en la caja social, al terminar el año de 1876, había 9.000.000 disponibles para socorros ó huelgas. El número de los asociados se aproxima á 14.000 repartidos en 192 logias.

La segunda asociación, organizada recientemente, es la llamada *Union de los hombres de los ferrocarriles* *, que comprende los agentes inferiores de la explotación, los fogoneros y guarda-frenos, cuyo salario varía de 50 á 60 dollards al mes y los guardaagujas y mozos. Los conductores de tren no forman parte de la asociación, porque se les considera como dependientes del servicio mercantil, y porque no exigiendo sus funciones ningún aprendizaje, pueden ser fácilmente reemplazados.

Esta asociación, fundada por un fogonero echado de la Compañía de FortWayne, llamado Ammon, y por un guardafreno de la del Erié, de nombre Barney Donarme, está calcado en los *Trades-unions*, y tiene por objeto esencial la organización de las huelgas.

En cuanto se estableció la buena armonía entre las Compañías y comenzaron los temores de sus dependientes, hubo diversas reuniones para saber cuál había de ser la conducta que se debería seguir; pero no habiendo conformidad de pareceres, se decidió que se tendría una nueva reunión en Pittsburg, en la cual quedó acordado en principio la huelga, aunque hasta entonces no se había indicado ninguna reducción en los

1 Train-men Union.

salarios. Recogieron después las adhesiones de las logias, y los detalles se acordaron en una conferencia tenida en Jersey - City, en Mayo de 1877.

Los malos resultados de las huelgas del invierno anterior en la Nueva Inglaterra, demostraron su inutilidad siendo aisladas, puesto que no conducían más que á malgastar los fondos de la asociación. La huelga debía ser por lo tanto general, para poner á las Compañías en la imposibilidad de ayudarse mutuamente. Debería tener lugar en los primeros días del otoño, época del mayor tráfico. Toda reducción que hicieran las Compañías en medio del verano debía aceptarse, hasta que el comité central enviase sus instrucciones. El otoño es, en efecto, la estación en que el tráfico de los caminos de hierro americanos es más activo, por ser el tiempo de la recolección, cuando se envían los frutos á las costas del Océano y se hace la provisión de carbones para el invierno. Los promovedores de la huelga calculaban que la paralización del movimiento comercial en esos momentos ejercería una presión irresistible sobre los consejos de administración de las Compañías de ferrocarriles, que les obligaría á transigir con las exigencias de sus empleados.

Siendo la interrupción de las relaciones comerciales entre el Oeste y los Estados del Atlántico la base de la huelga, se resolvió que para esta interrupción fuese inmediata y completa, comprometiendo el número menor posible de asociados, la huelga comenzase en el centro de cada una de las redes de ferrocarriles, y en los puntos más importantes en que enlazan con otras líneas, extendiéndose luego á los grandes centros del Oeste. Los agentes empleados en las líneas secundarias, mucho menos productivas que las otras, continuarían su servicio á fin de alimentar las cajas sociales con sus dividendos.

Los puntos de ataque designados fueron las ciudades de Martinsburg y de Cumberland por las líneas de *Ballimore* y *Ohto*, Pittsburg y Reading por el *Central Pennsylvania*, Hornesville por la de *Erié*, y Alvany por el *Nueva-York Central*. Con sólo dirigir la vista á un plano de ferrocarriles de los Estados-

Unidos, se comprende que la interrupción del tráfico entre estas ciudades era bastante para dejar sin movimiento la explotación de todos los caminos cercanos al Atlántico. Con el objeto de no hacerse enemiga la opinión pública ni llamar la atención de las autoridades federales, se convino que la huelga no se extendiese más que á los trenes de mercancías, que quedarían en un día suspendidos, siguiendo los de viajeros y el correo. El plan fué comunicado en todos sus detalles al comité ejecutivo de la *Fraternidad de los maquinistas*, que lo aprobó y prometió que sus asociados prestarían el concurso á la guerra contra las Compañías.

El programa acordado en la conferencia de Jersey-Citty se ejecutó completamente, menos en la época en que la huelga debía comenzar. La circunstancia de haber rebajado la compañía de Baltimore á Ohío un 10 por 100 los haberes de sus operarios, cuyo ejemplo siguieron otras compañías, señalando para llevarlo á cabo, unas el 17 de Junio y otras el 15, precipitó la huelga, pues los dependientes de estas compañías, que veían en perspectiva cuatro meses de disminución de sus salarios antes de la fijada por la huelga, propusieron que ésta se adelantase al 16 de Julio, que era la en que la mayor parte de los operarios habrían sufrido la disminución. Todos aceptaron la propuesta, excepto el comité de los maquinistas, que no creía en la eficacia de la huelga antes del otoño.

El impulso estaba dado, y esa negativa no detuvo á los organizadores de la huelga. La *Union de los caminos de hierro*, envaletonada con el rápido progreso que había adquirido, deseaba probar sus fuerzas: todas las logias se presentaron llenas de ardor, y la mayor parte de las asociaciones ofrecieron su cooperación. Se tenía, pues, la seguridad de detener en dos ó tres días el movimiento comercial de diez Estados en un territorio triple de la Francia. El resultado parecía indudable, fijándose el 16 de Julio para comenzar la huelga, comunicando en este sentido todas las órdenes. El más profundo misterio había reinado en las deliberaciones de las logias, guardándose en todo el mayor secreto.

Un incidente, sin embargo, que hubiera podido dar la voz de alerta á las Compañías, pasó inadvertido: el 30 de Junio, uno de los organizadores de la huelga por la Union de los ferrocarriles, Barnoy Donahue, se presentó con otros delegados de los fogoneros y guardafrenos del Erié al director de la explotación, con el objeto de reclamar contra la baja de jornales anunciada para el 15 de Julio. La reclamación fué rechazada, y tomando entonces la palabra Donahue, declaró en presencia del ingeniero jefe que la huelga era inevitable, y que si la Compañía llevaba las cosas al extremo, se desharían las vías y las estaciones serían incendiadas. De esta amenaza, que fué considerada como una baladronada, nadie hizo caso, y sin embargo, antes de un mes, propiedades que valían doscientos millones habían sido destruidas por las llamas.

Conocida ya cómo fué pi'eparada y organizada la huelga, falta ver ahora los incidentes por que atravesó y el giro que le hizo tomar la intervención de la Internacional, dándole un desarrollo inesperado que cambió por completo su carácter.

IY

Una vez convenidos los maquinistas, guardafrenos y guardaaguas de la compañía de Baltimore á Ohío pertenecientes á la estación de Martinsburg, significaron á sus jefes el 16 de Julio, que si en el término de veinticuatro horas no se restablecían los antiguos salarios, dejarían de prestar servicio. La Compañía, que nada recelaba, pues los preparativos de la huelga se habían llevado con el mayor sigilo, y que tenía más de diez mil peticiones para nuevos empleados, respondió despidiendo á los huelguistas, y mandando á Martinsburg nuevos dependientes para que hicieran el servicio. La llegada de éstos exasperó de tal manera á los huelguistas, que se lanzaron sobre ellos arrancándolos de las locomotoras, y después de maltratar á muchos los expulsaron de la estación, dando la orden de que cesara en las demás líneas el servicio.

En la imposibilidad de luchar, la Compañía recurrió al gobernador de Virginia, quien, no teniendo á su disposición más que una compañía de milicianos, la envió con un ayudante que se convenció bien pronto de la imposibilidad de luchar, estableciéndose en el edificio de la estación con ánimo de protegerlo, pues había ya más de 70 trenes de mercancías completamente abandonados. No contentos los huelguistas con su primer triunfo, forzaron á los trabajadores de los talleres á que cesaran en el trabajo, ayudados también por los del canal, que estaban en huelga desde hacía tres meses. Los huelguistas que la policía había detenido fueron puestos en libertad por sus compañeros, y el mismo alcalde, que era dueño del hotel de la estación, había sido conminado por ellos para que no se mezclase en el asunto, si no quería ver quemado su establecimiento. La ciudad entera y los pueblos comarcanos estaban á disposición de aquellas turbas desenfrenadas, entre las cuales se distinguían las mujeres por su ferocidad. El Gobernador, que pretendió restablecer la calma, fué insultado y apedreado, resolviendo entonces reclamar el auxilio de la autoridad federal.

El Presidente de la República se encontraba en una situación embarazosa para acudir al peligro. Diseminados por aquel vasto territorio los 18 ó 20.000 hombres de que disponía, ocupados unos en la persecución de los sioux en las Montañas Negras, y los otros repartidos en las fronteras y los fuertes que protegen las costas, necesitaba tiempo para concentrarlos. Aunque no podía estar muy tranquilo por el orden de la capital, pues de todas partes llegaban emisarios para generalizar la huelga, movió los 200 hombres de que disponía en la ciudad, reforzados con otros 150 al mando del general French, y los dirigió á Martinsburg, con una proclama invitando á los revoltosos á escuchar los consejos de la prudencia.

Cuando el General llegó á Martinsburg, hacía cuarenta y ocho horas que la población estaba en poder de los amotinados. De acuerdo con la autoridad municipal y los administradores de la compañía, se detuvo á la entrada de la ciudad é hizo publicar una proclama, esperando saber el efecto que

producía. Como los sublevados continuaban resistiendo, al amanecer del día siguiente se apoderó de la estación sin combate, á pesar de las muchas barricadas que habían construido. Verdad es que carecían de armas y se había hecho correr la voz de que el General esperaba su artillería. Comprendida por los huelguistas la imposibilidad de la lucha y la gravedad de sostenerla con el poder supremo, dejaron preparar y partir algunos trenes, no sin insultar á los que los conducían.

De este modo pudieron posesionarse las tropas de una estación inmediata; pero habiendo querido avanzar, les fué imposible por haber sido inutilizada la locomotora. Convencido el General de la impotencia de sus esfuerzos con tan escasos elementos, se limitó á tener la vía libre hasta Baltimore por una parte, y hasta Cumberland por otra.

Como en los Estados-Unidos los caminos de hierro se reputan una industria privada, no era tan llano intervenir en sus asuntos, tanto más cuanto que había mucha gente que defendía la libertad de los obreros para fijar el precio de sus jornales como estimasen oportuno; pero como no era justo permitir que se intimidara á los que querían trabajar, y menos que se impidiera á viva fuerza la circulación de los trenes apoderándose del material de las compañías, el Juez Presidente del Tribunal del distrito de Indiana condenó á tres meses de prisión por este concepto á los huelguistas detenidos. Mas como estas ideas no eran aceptadas por la mayoría de la población, la misma policía se veía en la necesidad de poner en libertad á los detenidos por no encontrar testigos que declarasen la verdad.

La intervención de los poderes públicos en una huelga, era un hecho inesperado y sin ejemplo; así es que, al saber que dos compañías de infantería federal habían atravesado el puerto dirigiéndose á Martinsburg, la sensación fué profunda, siguiéndose una gran agitación en todas las clases obre as.

En cuanto comenzó á sonar la campana para la reunión de la milicia, todos los talleres quedaron desiertos; y si uno délos regimientos, el perteneciente á los barrios más ricos, pudo reunirse con facilidad y ser aplaudido en su marcha por la gente

honrada, bien pronto, al atravesar los barrios de los obreros, los silbidos les demostraron la actitud de las masas, que á pedradas y tiros quisieron impedir la reunión de otro regimiento que sólo calando bayoneta y rompiendo por último el fuego sobre los revoltosos, fué como pudo abrirse paso hasta la estación, en donde no tardó en verse bloqueado.

El Alcalde manifestó telegráficamente al Gobernador que no podía hacer salir á los milicianos, porque no respondía de la tranquilidad. En efecto, ya la estación ardía y la muchedumbre impedía á los bomberos apagar el fuego, hasta el punto que la policía, que había sido armada, tuvo que dar varias cargas para conseguir que las bombas llegasen á su destino. Bien pronto el fuego se propagó á los almacenes del puerto y estalló en dos ó tres puntos de la ciudad.

Al día siguiente comenzó de nuevo el sitio de la estación, logrando los amotinados prender por segunda vez fuego á los almacenes, de los que al fin fueron desalojados á viva fuerza. En el entretanto las tiendas de los armeros eran saqueadas, y también lo habría sido el depósito de armas de la milicia sin el valor de los que lo custodiaban. Al mismo tiempo el tesorero de la Aduana telegrafiaba á Washington que no creía seguras las cajas: 10.000.000 de dollards que debían remitirse á Europa para el pago de la deuda, hubieran corrido gran peligro, si detenidos en el camino, gracias al telégrafo, no hubiesen sido puestos en seguridad. La policía, muerta de fatiga, no podía resistir ya á la multitud, y el mismo Alcalde, que tan valerosamente se había sostenido, comenzaba á perder la esperanza de salvar la ciudad, cuando llegaron algunos destacamentos mandados por el comandante del fuerte Mac-Henry con artillería, que situó en batería en el puerto, al mismo tiempo que saltaban en tierra las tripulaciones de algunos buques de guerra y compañías de marina. Al medio día el general Haneck, llamado por el Presidente, desembarcó con nuevas tropas y tomó inmediatamente el mando. Las fuerzas que desplegó intimidaron á los sublevados, que habían tenido más de 20 muertos y 100 heridos graves, restableciéndose la calma.

Mientras que la sangre corría en las calles de Baltimore, la huelga se generalizaba en el Ohío, desafiando las fuerzas de la autoridad civil. Ante las quejas de la Compañía, que por todas partes veía sus líneas interrumpidas y maltratados sus dependientes, el Gobernador llamó á Columbia cuatro compañías, presenciando él mismo su embarque para Newark, punto de empalme de varios ramales de ferrocarril. Los empleados del camino de hierro acogieron á los milicianos con silbidos, el tren que había conducido otras fuerzas de la milicia había estado á pique de descarrilar, y el que fué á Newark hizo reventar varios torpedos á su paso. Al llegar á su destino las fuerzas procedentes de Columbia, encontraron toda la vía ocupada con más de 3.000 operarios de otras industrias que fraternizaban con los huelguistas. Tuvieron, pues, que limitarse á defender el edificio de la estación, y al amanecer dos buques de guerra salvaban los depósitos de mercaderías del robo y el incendio. Era imposible pensar en restablecer las comunicaciones, puesto que los maquinistas habían sido arrojados de sus locomotoras al llegar los trenes, previniéndoles que los que se prestaran á servir, serían inmediatamente fusilados.

Los sublevados ofrecieron á la milicia que no la atacarían ínterin no saliese de la estación y tratase de tomar posesión de la vía, añadiendo que no comprendían por qué les hacían fuego, cuando ellos no maltrataban á nadie. En realidad, la milicia estaba prisionera. El Gobernador quiso hacer venir nuevas fuerzas de milicianos; pero antes de que pudieran reunirse, el movimiento había tomado proporciones considerables. Por todas partes los sectarios de la Internacional cominaban á los obreros para que se uniesen á los huelguistas contra la autoridad del Gobernador, y hombres armados recorrían los talleres con este mismo objeto, diciendo que de otro modo prenderían fuego á las fábricas.

Tan seguros se creían de su triunfo, que llegaron á expedir un despacho telegráfico, que apareció en los periódicos de Nueva-York, diciendo: «Ningún acto de violencia es de temer, siendo los huelguistas dueños de la ciudad. >

Fué suspendiéndose el movimiento en las demás líneas férreas; y como los dependientes de la *Lalce Shore* no quisieron asociarse á la huelga, se les obligó á encerrar las locomotoras en las cocheras, impidiendo así los huelguistas la salida de los trenes.

Una ciudad de 200.000 habitantes se dejaba imponer de esta manera por los revoltosos, haciendo imposible su comercio é incomunicándola con el resto de la Confederación, hasta el punto que el Gobernador de Ohío se declaró impotente contra el desorden, como lo habían hecho también los de la Virginia Occidental y del Maryland, dirigiéndose al Presidente de los Estados-Unidos en demanda de auxilio del Gobierno federal.

y

Pittsburg, ciudad de 90.000 habitantes, situada sobre el Ohío en el punto de confluencia de este río con el Monongahela, navegable para buques de muchas toneladas, enclavada en medio de la región en que se extrae el petróleo, es uno de los centros comerciales más activos de los Estados-Unidos, y por eso sin duda había sido elegido para iniciar la huelga en el *Central Pennsylvania*.

El 19 de Julio, al medio día, los fogoneros y los guardafrenos, alegando que la Compañía aumentaba el número de wagones en los trenes de mercancías de 18 á 30, y se ponía de esta manera en condiciones de suprimir la mitad del personal de la pequeña velocidad, se declararon también en huelga. Había quince trenes formados que debían salir en el día de la estación de Pittsburg. Los maquinistas y empleados que se presentaron para hacerlos marchar, fueron arrancados de las locomotoras y lanzados á pedradas de la estación, hiriendo gravemente á un empleado superior de la Compañía. Lo mismo sucedía en la estación de East-Liberty, en que se obligaba á los operarios de la Compañía á abandonar sus talleres. Los huel-

guistas obedecían á un Roberto Ammon, uno de los fundadores de los *Trades-unions*, venido de Pittsburg para tomar la dirección del movimiento. La policía municipal hizo algunas prisiones; pero cuantos arrestaba, otros tantos eran rescatados por los huelguistas, que los llevaban en triunfo. Como á medida que llegaban los trenes eran detenidos, al fin del día llenaban 900 wagones todas las vías, llegando á 1.500 los que se juntaron con los venidos aquella noche.

Cada tren que quedaba parado era saludado por las aclamaciones de los huelguistas, repetidas desde las tabernas contiguas.

Ante las reclamaciones de los administradores de las Compañías, el Scherif se presentó á media noche entre los huelguistas, y hasta las tres de la mañana hizo cuanto pudo para convencerlos de lo ilegal de su conducta, sin obtener resultado alguno; por el contrario, le manifestaron que impedirían el paso de todos los trenes. Habiéndoles indicado que se vería en la precisión de requerir el auxilio de la milicia, uno de los circunstantes le gritó: «¡Mañana seremos 20.000!»

En efecto, por todas partes llegaban los obreros de las fábricas, minas y muelles, que se unían á los huelguistas. Al medio día se convocó á una reunión general en que el Presidente dio lectura en medio de estrepitosos aplausos de un telegrama fechado en Hornelsville y firmado por Berney Donahue, anunciando que aquella mañana los dependientes de las líneas del *Erié* habían suspendido su servicio. Con esta noticia todo el personal que estaba en relación con aquellas Compañías se se declaró en huelga, uniéndose á los del *Central Pensylvania*. Pittsburg estaba incomunicado con Filadelfia, Chicago, Cincinnati y otras principales poblaciones mercantiles; de suerte que el bloqueo era completo. La ciudad se hallaba á merced de bandas de huelguistas que la recorrían. El Alcalde no tomaba ninguna medida, y la policía permanecía mera espectadora de los desórdenes que se cometían.

Sin embargo, el Sherif al salir de su conferencia infructuosa con los huelguistas, había teleografiado al Gobernador mani-

festándole su impotencia para restablecer el orden. El Gobernador llamó por telégrafo dos regimientos de milicia y la batería del Condado, que puso á las órdenes del general Browne, y dio á Filadelfia la de enviar dos regimientos de infantería, dos destacamentos de caballería y tres ametralladoras con el general Brinton.

Encargó al general Pearson que tomase el mando de todas las fuerzas. En cuanto llegó el General á Pittsburg, hizo pasar la locomotora al otro lado de la estación. El Sherif desde el ténder leyó la proclama del Gobernador, que fué recibida con silbidos lo mismo que sus exhortaciones. El General les dirigió entonces la palabra haciéndoles comprender las órdenes terminantes que tenía, y que sería inútil detener los trenes, porque estaba resuelto á que saliesen.

Tanto el General como el Sherif eran sin cesar interrumpidos, y no sin trabajo se logró hacer evacuar á los amotinados la estación. Muy pocos milicianos habían concurrido al llamamiento, y era necesario esperar la llegada de las tropas que venían de Filadelfia para obrar. Así se convino en junta de autoridades, y el 21 por la mañana ya estaba la milicia local sobre las armas, y se le encargó que guardase la estación de East-Liberty y las vías que la comunican con la Central. Como la mayor parte de los milicianos pertenecían á la clase obrera, y otros ó tenían simpatías con los huelguistas ó eran por ellos intimidados, no fué posible decidirlos á tomar la ofensiva.

«¿Qué queréis que haga? decía el General al Sherif. Mi gente no me obedece: estamos en el reinado del terror.» No así los milicianos venidos de Filadelfia, que se hallaban animados del mejor espíritu.

Al fin se resolvió dar lectura de la ley sobre los tumultos; pero antes, aunque sin éxito, se trató de hacer evacuar la vía por el interior de la población. El Sherif dijo que iba á prender á quince de los alborotadores, cuyos nombres leyó. Al oír el suyo uno de los nombrados, se adelantó hacia él como para desafiarle a que lo hiciese, y con el sombrero en la mano,

volviéndose á la multitud, gritó: « ¡dadle el infierno! » Esta era sin duda una señal, pues inmediatamente lanzaron sobre el magistrado una lluvia de enormes piedras, disparando también algunos tiros de fusil y de revólver. El Sherif y el general Pearson cayeron heridos, el segundo de gravedad, así como algunos milicianos. En aquel instante la milicia formó el cuadro y rompió el fuego, haciendo huir á los revoltosos, que dejaron en el campo algunos muertos y heridos.

Mientras que se recogían los heridos, los milicianos locales huyeron, dejando abandonadas las piezas de artillería. Los venidos de Filadelfia no eran en número suficiente para emprender la ofensiva, y sus jefes resolvieron retirarlos al interior de la estación, para esperar los refuerzos que habían pedido al Gobernador.

La deserción de los unos, y la retirada de los otros, animaron á los revoltosos, que, viendo que no podían desalojar á los milicianos, se decidieron á prender fuego á la estación. La lucha duró toda la noche, consumiendo las llamas 300 wagones y muchos edificios de los pertenecientes á la Compañía, y empezando á arder algunos puntos de la ciudad, que recorrían aquellos foragidos.

Al amanecer, y en medio de los gritos del triunfo, colocaron uno de los cañones (abandonados por la milicia local, y de que se habían apoderado) contra la estación; pero los sitiados, con un fuego bien dirigido, hicieron inútiles sus esfuerzos. Indignados con aquel fracaso, reúnen todos los wagones, cargados de carbón y petróleo, y prendiéndoles fuego, los lanzan contra la estación. Al poco tiempo comenzaron á estallar los barriles de petróleo, y la rotonda en que estaban los milicianos principió á arder y á desplomarse á los gritos de alegría de la multitud. Era imposible permanecer más tiempo en el edificio. Los milicianos se abrieron paso con el fuego de sus ametralladoras, y se retiraron en dirección del arsenal federal.

Al llegar á sus puertas, el comandante rehusó abrirlas, por no contar, según decía, bastante fuerza para defenderse; pero consintió en recoger á los heridos. En tan penosa situación,

DE LOS ESTADOS-UNIDOS

trataron de establecerse y resistir en el cementerio; mas al ver sus filas considerablemente mermadas, continuaron su retirada hasta unas alturas vecinas. Comprendieron los huelguistas la imposibilidad de apoderarse de ellas, y dejaron de perseguir á los fugitivos. Allí pasaron una noche, en que, extenuados de fatiga, y sin más alimento que el que pudieron proporcionarles los campesinos de las inmediaciones, se dispersaron, buscando por distintos caminos el modo de llegar á sus hogares.

Los revoltosos, después de su victoria, volvieron á la estación. La rotonda y los talleres adyacentes, seguían ardiendo: 45 locomotoras habían sido también destrozadas; pero esto no era más que el preludio de las escenas de devastación que habían de tener lugar.

Multitud de mujeres, de hombres y niños, invadieron la estación de mercancías, cuyas vías estaban ocupadas por largas filas de wagoes cargados. Fuerzan las portezuelas y se reparten cuanto en ellos había, llevándolos, una vez vacíos, para que siguieran alimentando el incendio. En medio de esta multitud ebria, apareció el Obispo católico, ennegrecido el rostro con el humo de aquella inmensa hoguera, exhortando á sus fieles para que no profanasen el día del Señor con actos criminales. Por temor á que cometiesen con él algún exceso, se lo llevaron á viva fuerza de aquel sitio en que continuaron el robo y el saqueo durante todo el día, quemándose la estación de mercancías en cuanto quedó desocupada, y prendiendo, por último, fuego á las cocheras del material, oficinas de la Compañía, salas de espera y hasta la fonda. Si por desgracia el viento hubiese cambiado, toda la ciudad habría sido presa de las llamas.

No se permitía á los bomberos proteger sino los edificios contiguos á la estación. Todo cuanto pertenecía al *Oran Central Pennsylvania*, debía ser destruido. El último edificio incendiado fué el depósito de granos, inmensa construcción de siete pisos, en que había más de 45.000 fanegas de trigo.

Una columna de fuego de 100 metros de altura, iluminaba

la ciudad, mientras al consumirse los wagones que aún quedaban, parecían los arrabales encerrados en otra cintura también de fuego.

De Pittsburg, la huelga se fué extendiendo hasta las cercanías de Filadelfia. En unos pueblos, las autoridades intimidadas cedían el campo á los huelguistas: en otros, detenidos por los amotinados los regimientos de milicia, se volvían á sus hogares, cuando no tomaban parte en la insurrección, ó se rendían sin que fuera posible á las autoridades hacer nada contra los huelguistas, que engrosaban sus filas con los obreros de las demás industrias.

En Filadelfia la agitación era inmensa. Ya se habían hecho varias tentativas para apoderarse de la estación y prenderla fuego; pero las autoridades, que habían visto lo sucedido en otros puntos, tomaron la precaución de concentrar en ella la milicia, así como la policía y los bomberos. Sin embargo, éstos medios eran poco eficaces para mantener el orden en una población de 650.000 habitantes, en que la mayor parte de los obreros estaban sin trabajo; así es, que, después de llamar á toda la milicia del Estado, el Gobernador pidió auxilio al Gobierno federal.

Se recordará que los huelguistas de Pittsburg recibieron aviso de que los agentes de la línea del Erié habían suspendido su servicio. El encargado de esta huelga fué uno de los fundadores de las *Trades-unions*, Donahue, á quien se le habían señalado por el comité dos dollards diarios; el mismo que telegráficamente había ordenado á los guardaagujas de Hornelsville, que como la Academia sabe, era el punto central de la red de los ferrocarriles del Erié, que no se moviera una sola aguja. Después de parlamentar con los huelguistas, los agentes superiores de la Compañía reclamaron el auxilio del Gobernador del Estado de Nueva-York que, como los de los otros Estados, hizo uso de la milicia sin más resultado que salvar del pillaje y del incendio algunas estaciones, sin hacer respetar su autoridad.

Por todas partes las autoridades civiles estaban reducidas á la impotencia.

El servicio del correo y del telégrafo había quedado interrumpido en muchos puntos. Baltimore y Filadelfia sin carne, y temerosas de quedarse sin pan, mientras que más de 6.000 cabezas de ganado perecían de hambre y sed en los trenes abandonados, y 45.000 fanegas de trigo habían sido quemadas en Pittsburg.

Nueva -York comenzaba á inquietarse por la falta de provisiones , que sólo llegaban con grandes dificultades y después de mil rodeos. Los negocios se paralizaban, acabando por declararse una baja inmensa en todos los valores.

VI

La huelga se extendía de hora en hora por todas partes, quemando y destruyendo estaciones, almacenes y puentes, ó impidiendo por completo la circulación por las vías férreas.

¿Tendría medios la misma autoridad federal para reprimir lo que ya no debía llamarse una huelga, sino una insurrección? Tal era la preocupación del Presidente Hayes al considerar los progresos que había hecho la huelga en los trece Estados que ya había invadido. El ministro de Hacienda Sherman, testigo presencial de lo sucedido en Baltimore, pedía que se tomasen rápidas y enérgicas medidas. Puestos de acuerdo los Ministros sobre que aquellos sucesos no podían considerarse hechos aislados que requerían la apreciación y la iniciativa de las autoridades de cada Estado para que luego obrase el Gobierno federal, se decidió reprimir los desórdenes en donde quiera que estallasen, sin esperar la petición de las autoridades locales. En su consecuencia todas las milicias, así como los cuerpos de voluntarios, debían ponerse á las órdenes de los jefes de las fuerzas federales.

El general Hancock fué nombrado para tomar el mando en los Estados del Atlántico, de todas las guarniciones de la costa del Océano, las tripulaciones de la escuadra y la infantería de marina. El comandante en jefe de la región de Oeste, general

Pope, que estaba en el fuerte Leavenworth, recibió orden de trasladar su cuartel general á Luisville, y de llevar todas las fuerzas de que disponía, reforzadas con los regimientos que el Presidente había retirado de la Luisiana y de otros Estados del Sud. Todas las guarniciones de las fronteras del Canadá debían concentrarse en Chicago bajo las órdenes del general Drum. Al general Sheridan, que había salido para mandar las tropas contra los Sioux, se le mandó dirigirse á Cincinnati y Pittsburg con la mayor parte de sus fuerzas! Se pusieron armas y municiones á disposición de los Alcaldes de Baltimore, Filadelfia y Nueva-York, y se resolvió hacer un llamamiento de 75.000 hombres, si se creyese necesario, convocando al efecto el Congreso.

Tiempo era de que el Gobierno supremo se decidiese á obrar, pues en todas partes se sentía una fuerza oculta que empujaba á los obreros á abandonar sus talleres. Los mismos huelguistas encontraban auxiliares que los llevaban más allá del fin que se habían propuesto, hasta el punto de que un periódico de Cincinnati publicó una protesta de los empleados de los caminos de hierro contra la paralización de los trabajos en las fábricas de hierro.

A pesar de todo esto, la Internacional convocó varios meetings en Cincinnati, ya para asociarse á la huelga, ya para protestar contra la intervención de la autoridad federal é invitar á todos los trabajadores á tomar parte en la lucha. Los discursos desde la tribuna, siempre adornada con la bandera roja, eran cada vez más revolucionarios, y el espíritu que allí prevalecía se revela á las claras en los acuerdos tomados en el de San Luis de Misuri.

«Considerando, decían, que los obreros de los caminos de hierro se han levantado en masa para reclamar sus justos derechos;

» Considerando que el Gobierno de los Estados-Unidos se ha puesto del lado del capital contra el trabajo;

«Resolvemos: que el partido de los trabajadores simpatizado todo corazón con los empleados de los ferrocarriles, que se

esfuerzan por obtener una justa y equitativa remuneración de su trabajo.

»Y acordamos también que los sostendremos en esta lucha legítima del trabajo contra el robo y la opresión, sean las que fueren las consecuencias, y hasta el último extremo.»

El comité supremo de la Internacional, que reside en Chicago, dirigió una circular á todos los comités y subcomités, excitándoles á prestar apoyo en todas partes á los huelguistas.

El 22 de Julio, cuando vio el mismo comité que la perturbación era general y que podían alarmarse todos los intereses, propuso indirectamente su mediación dirigiéndose á la prensa periódica para que el Gobierno nacional se hiciese propietario de todas las líneas de ferrocarriles, limitando las horas de trabajo á ocho á fin de ocupar á los jornaleros que estaban sin trabajo, y que habían de aumentarse necesariamente con la introducción de la maquinaria, llegando á reducir los jornales á una cantidad incompatible con la existencia del operario, pudiéndose también con este medio utilizar el trabajo de los menos inteligentes.

Como se ve, el objeto principal era proclamar sus doctrinas, y al efecto provocaban reuniones en todos los pueblos, que daban por resultado la suspensión del trabajo, atacando á pedradas á los agentes de la autoridad en cuanto trataban de restablecer el orden, y acabando siempre por robar la casa del Alcalde y de los principales fabricantes. Habiéndose opuesto á la huelga el periódico de San Luis de Misuri, *El Republicano*, tuvieron que armarse y rodearse de barricadas los redactores y sus dependientes para defenderse. Las diputaciones de los obreros se presentaban á los Alcaldes para decirles que la intervención de la autoridad federal no haría más que agravar la situación.

El Estado que se encontró en posición más difícil fué el de Indiana, porque el Gobernador no quería perder su popularidad mezclándose en las cuestiones de los obreros, y el Sherif, que formaba parte de la *Fraternidad de los maquinistas*, tampoco quería proceder á los arrestos que el juez federal le pedía. Ante

esta debilidad de las autoridades, los huelguistas creyeron que no tenían más que apoderarse del mando para realizar sus aspiraciones, y así lo declararon en una alocución en que proponían crear un comité directivo sacado de los mismos obreros, que ejercería el poder supremo.

Esto era sencillamente sustituir al Gobierno establecido con una dictadura obrera. Ante el grito de la opinión pública indignada, el Gobernador se decidió á llamar la milicia; pero ya era tarde. Por todas partes estaba interrumpida la circulación y las comunicaciones habían sido cortadas. El Gobernador tuvo en su vista, y contra la opinión que siempre había sostenido, que reclamar el apoyo de la autoridad federal.

Una prueba de la influencia oculta de la Internacional en la dirección de la huelga, fué lo que pasó con los obreros del *Nueva-York Central*, que no queriendo asociarse al movimiento, se les requirió á que lo hiciesen; y como no tenían motivo de queja contra la Compañía, exigieron que se les aumentasen sus haberes en 25. por 100. Negada por la Compañía tan monstruosa petición, que no era más que un pretexto, estalló la huelga, á la que se sometieron con gran trabajo los operarios del *Nueva-York Central*, ayudando á realizarla los de las líneas de Erie y de las manufacturas vecinas. Era necesario bloquear Nueva-York, cortándole las comunicaciones con la región de los lagos y la Nueva-Inglaterra.

Otro de los resultados del concurso de la Internacional, fué que los distritos carboníferos de Pensylvania, que acababan de pasar por una huelga sin resultados y duramente reprimida, se asociaron á la de los caminos de hierro. Cuando los agentes de la Internacional se vieron á la cabeza de los obreros de las minas de carbón, hicieron cesar el trabajo en todas las otras minas, dejando sin ocupación á 60.000 ú 80.000 obreros. Con estos medios pudieron atacar á Nueva-Jersey, en donde sus esfuerzos hasta entonces habían sido impotentes.

La legislatura de aquel Estado hizo en 1875 una ley draconiana contra los huelguistas. Para aplicarla, el Gobernador se había preparado concentrando la milicia y ocupando las

principales estaciones, á fin de conservar el movimiento y las comunicaciones. Uno de los corifeos de los *Trades-unions*, Thompson, convocó un meeting en que se pronunciaron los discursos más feroces, resolviendo: «-que la resistencia á la opresión es un deber; que la abolición del poder del dinero es una necesidad que debemos á nuestros hijos, y que él porvenir aprobará nuestra conducta.» El contagio de la región de las minas se propagó por último, y con la paralización del servicio quedaron cortadas las comunicaciones entre Nueva-York y Filadelfia.

Casi al mismo tiempo se sabía que los empleados de las líneas de la parte superior del lago Erié se habían declarado en huelga, cortando la última comunicación con el Océano Atlántico.—¿Qué iba á suceder en Chicago con su comercio de granos y maderas, no pudiendo comunicar ni con Europa ni con Nueva-York? ¿En Chicago, en donde cabalmente descuentan su papel los interesados en estos ramos de la industria?

¿Qué de catástrofes comerciales podría traer el bloqueo financiero de aquella ciudad? La situación de una población que á pesar de no llevar más que cuarenta años de existencia cuenta 350.000 habitantes, era por demás difícil, porque encierra en su seno los elementos más disolventes entre los trabajadores, como son los que se emplean en la carga y descarga, que no tienen necesidad de aprendizaje, bastándoles su fuerza física, á cuyo trabajo se acogen también los malos obreros de las demás industrias, así como los delincuentes fugados de Europa y del Canadá. Entre esta masa se notaba ya una agitación que tenía preocupadas grandemente á las autoridades. Los obreros de los caminos de hierro no habían podido, al parecer, entenderse con ellos, y al efecto el 23 de Julio, después de la distribución de la proclama de la Internacional, que ya conocemos, se convocó una reunión general con objeto de someterla á la aprobación de los obreros. Se calculan en 15 ó 20.000 los que asistieron al meeting. Las resoluciones no fueron más que la confirmación del programa de la Internacional y la organización de una federación del trabajo para llegar á las soluciones que convenían

á los obreros, y como único medio de conseguirla, el empleo de la fuerza.

Por todas partes, más ó menos voluntariamente, cesaba el trabajo, paseándose por las calles 30 ó 35.000 operarios que impedían la circulación y maltrataban á la policía, buscando un conflicto. Como en Chicago se creía que el horroroso incendio que había tenido lugar algún tiempo antes destruyendo la tercera parte de la ciudad, fué obra de la Internacional para dar trabajo á los operarios, el pánico era general, pues se comprendía la facilidad con que podrían reproducirse los incendios. Todos los dueños de fábricas repartían armas á sus empleados, la autoridad municipal armaba la policía y la aumentaba con condestables especiales, y los veteranos de la guerra civil se organizaban en compañías para mantener el orden. Aun cuando la milicia estaba en los cuarteles hacía cuarenta y ocho horas, no se consideraba suficiente para obrar, y se esperaban otros regimientos, y sobre todo las tropas del ejército. Al fin llegaron los refuerzos compuestos de caballería y artillería y la autoridad se consideró en situación de poder tomar la ofensiva. Ocupáronse los puntos principales de la ciudad, principian-do por algunos barrios en que comenzaban á cometerse robos, y la artillería se colocó en batería. Roto el fuego, más de 20 cayeron muertos y 92 fueron heridos gravemente, restableciéndose la tranquilidad. Al día siguiente se reprodujo el tumulto, pero ya menos grave. Sin embargo, fué necesario seguir ocupando militarmente la ciudad.

Todas las miradas se volvían hacia Nueva-York, cuyas turbulencias del año de 1874 no se habían aún olvidado. Una ciudad de cerca de 2.000.000 de habitantes, con tan malos elementos como encierran siempre esas grandes poblaciones, y sin guarnición alguna, ¿de qué medios había de valerse para mantener el orden?

Los periódicos de Nueva-York atacaban la huelga y probaban su injusticia. El domingo 22 de Julio, todos los predicadores de los diferentes cultos sostenían el mismo tema y recomendaban el respeto á la ley. Dos corrientes se manifestaban

entre los obreros. Los unos,—los más inteligentes,—opinaban que debía obedecerse la ley, y que toda perturbación era contraria á sus intereses, no queriendo tampoco hacerse responsables de los incendios de Pittsburg. Otros, por el contrario, entre los que se distinguían los del puerto, no disimulaban sus simpatías por los huelguistas, criticando la aetitud de las autoridades, y hablando de contestarlas con una huelga general. Estos se acercaban á los sitios de reunión de la milicia, y mientras que algunos indicaban la conveniencia de anatematizar toda violencia, otros hacían la apología de los incendios de Pittsburg.

¿Cuál de estas tendencias sería la que triunfase?

La Internacional, queriendo dar un gran golpe, convocó para el día 25 un meeting monstruo de todos los oficios en la gran plaza, en que hizo levantar dos tablados, uno para los oradores ingleses y otro para los alemanes. El comité directivo llevó su audacia hasta enviar á decir á la autoridad municipal *que evitara al pueblo la presencia irritante de los agentes de policía*, y que 200 comisarios elegidos por los organizadores de la reunión se encargarían de mantener el orden. Semejante pretensión fué recibida como-merecía, resueltas como estaban las autoridades á tomar por sí toda clase de precauciones. Habiendo conseguido del Gobernador que dejara 10.000 milicianos á sus órdenes, los puso sobre las armas en los cuarteles respectivos.

El día del meeting, la guarnición de las estaciones, ocupadas por destacamentos de artillería, fueron dobladas: se cargaron las piezas, se armó la policía, y se situó en las cercanías de la plaza en donde se había de celebrar la reunión. El resto ocupó la Casa de la Ciudad con una legión de condestables especiales, compuesta de ciudadanos que habían ofrecido sus servicios y á quienes se distribuyeron revolvers.

Con hilos telegráficos se comunicaron los cuarteles en que estaba la milicia y el Ayuntamiento, á fin de poner en movimiento para obrar en pocos minutos 10.000 hombres.

Gracias á estas precauciones, el meeting pasó en la calma

más completa. En lugar de 40.000 asistentes que esperaban los iniciadores, no llegaron á 12.000. Los discursos fueron relativamente moderados, hasta el del ciudadano Desmarets, antiguo miembro de la *Commune* de París. Todo se acabó adoptando una declaración de principios en armonía con el programa de la Internacional y una petición en el mismo sentido al Presidente de los Estados-Unidos. En cuanto se acabaron los discursos, la policía impidió á los asistentes al meeting que recorriesen la población, obligándoles á dividirse en grupos que fué dispersando poco á poco. Una hora después reinaba la paz, y los milicianos se podían retirar á sus casas tranquilamente. Así se desvaneció el peligro que preocupaba á toda la Confederación.

El fracaso de la Internacional en Nueva-York fué considerado por todos un paso de gigante para el restablecimiento del orden. Como la tranquilidad se consideró allí asegurada, pudieron enviarse fuerzas á diferentes puntos; é intimidados los huelguistas, tanto por la prisión de Donahue y de algunos otros jefes, como por el despliegue de fuerzas, no se atrevieron á oponerse á la reorganización del servicio en los ferrocarriles, y la mayor parte prefirieron recobrar sus puestos á dejarse reemplazar. Acto seguido quedaron restablecidas las comunicaciones del *Nueva-York Central* con gran satisfacción de sus empleados, y cuarenta y ocho horas después del meeting se distribuían en Nueva-York 300.000 cartas detenidas.

En otros Estados, el exceso del mal trajo el remedio. Los hombres honrados, viéndose abandonados de las autoridades y entregados á la merced de un puñado de revoltosos que impedían toda clase de transacciones comerciales y ejercían sobre ellos la tiranía del terror, se armaron, y comenzando por prender á los jefes de la Internacional, aseguraban el orden, mientras que en otras partes desarmaban á los revoltosos, que fatigados de las escenas de crápula y desorden de los días anteriores, sólo pensaban en ocultar el fruto de sus rapiñas.

La autoridad federal no desplegó menos actividad para restablecer el servicio de los ferrocarriles, comenzando por ocupar

militarmente las estaciones y recomponiendo la vía en donde había sido destruida, por medio de trenes de obreros escoltados por otros de soldados, que llevando una ametralladora en la parte delantera del tren, protegían este trabajo, no sin haberse visto repetidas veces obligados á hacer uso de ella.

Pittsburg, Harrisburg y Reading continuaron ocupadas por tropas federales, á fin de buscar y arrestar á los culpables, asegurando por completo la tranquilidad. La cuenca hullera de Pensylvania era aún teatro de graves desórdenes. En varios puntos los mineros habían puesto fuego á los edificios de las Compañías carboníferas, y en otras partes parado y destruido las máquinas de desagüe para inundar las galerías y hacer el trabajo imposible. Bandas armadas invadían la ciudad de Scranton haciendo cerrar los talleres y las tiendas. El Alcalde, por no comprometer su popularidad, como hemos visto tantas veces, no quiso pedir al Gobernador fuerzas, y al arengar al pueblo fué atropellado, y habría perecido, si un sacerdote católico no lo hubiese cubierto con su cuerpo y hecho recoger por algunos obreros irlandeses. Por último, la ciudad no se libertó de estas invasiones sino por la iniciativa de unos 100 entre los principales comerciantes que se reunieron en la Casa de la Ciudad, y armados, atacaron á los revoltosos dispersándolos á balazos.

La agitación tardó mucho tiempo en cesar entre aquella gente ignorante y ruda, acostumbrada á la violencia y llena de resentimientos. La huelga no terminó hasta el mes de Setiembre, no creyéndose conveniente por mucho tiempo retirar las tropas federales, que quedaron acampadas cerca de las explotaciones más considerables.

vn

Al salir de tan dura crisis el pueblo americano parecía despertar de una horrible pesadilla; y al perder una de sus grandes ilusiones, cual era la de que á la sombra de sus libres

instituciones no podían ocurrir sucesos que antes preocupaban á la Europa, todos, hasta los más ignorantes, comprendieron los grandes peligros que para la sociedad entrañaba este poder oculto que manejaba á su antojo millares de hombres, y la necesidad de combatir determinadas predicaciones que le han dado origen. Los periódicos que más anatematizaban la influencia de los *Trades-unions* no decían cómo había de reducirse á la impotencia un poder de tan hondas raíces en las costumbres americanas sin tocar á la libertad de asociación. Era necesario reglamentar este derecho ó resignarse al abuso.

Otra de las cosas que más preocupan al pueblo americano es la flaqueza de toda autoridad enfrente del desorden, cuando creía contar con los medios suficientes para hacer respetar la ley. Si la huelga, que á pesar de sus inmensas consecuencias, no se ha desenvuelto más que en la tercera parte de la Confederación, se hubiese extendido por toda la República, habría sido necesario, como decía el general Sherman, un ejército permanente de 50.000 hombres y aun más, si se observa la sagacidad con que han sido elegidos los sitios en que había de realizarse.

Otra ilusión y de las más encarnadas en aquel pueblo, había, pues, desaparecido con la necesidad de sostener un numeroso ejército permanente, necesidad también recomendada por la mayor parte de los periódicos norte-americanos.

Sin embargo, el partido democrático no ha dejado de hacer cargos al Gobierno por haber intervenido en aquellos tristes sucesos, suponiendo bastante la iniciativa individual para contenerlos.

¿Qué es en el fondo esta iniciativa particular, sin regla ni límite, que puede á su vez ser arbitraria é injusta, más que una aplicación de la ley de Lynch, que una sociedad civilizada no podría tolerar sin vergüenza? Y si faltos de armas hubiesen llevado á cabo lo que proponían los amotinados en Nueva-York, esto es, organizar en cada distrito una compañía de cien hombres para contener, decían, los excesos de la policía,

¿ se han calculado las consecuencias de dejar la represión del desorden á la iniciativa individual ?

Aun cuando los huelguistas no se daban por vencidos, la verdad es que, presos muchos de los principales autores, y descorazonados otros no habiendo realizado por completo su pensamiento, si bien en el fondo de aquella sociedad han quedado gérmenes de futuros trastornos y quizá de guerra civil, la tranquilidad se fué restableciendo paulatinamente. La Internacional, sin embargo, al establecerse en poblaciones en que hasta ahora no había podido extender su acción, provocó el antagonismo entre la clase obrera y la milicia que se había prestado á reprimir con las armas sus exigencias. En Baltimore, á raíz de los sucesos, y cuando aun campaba en las calles la fuerza pública para evitar nuevos trastornos, más de 6.000 obreros que asistían á un meeting convocado por Mac-Donnell, redactor de *El Estandarte del Trabajo*, cada vez que se nombraba á los administradores de las Compañías, aquella multitud gritaba: «al cadalso con ellos.» Explicando la huelga, decía también Mac-Donnell que « era la consecuencia de la tiranía del capital, del hambre y de la miseria, y que para remediarla debían los obreros comprender la necesidad de una acción común y política. Si saben hacerlo así, conseguirán que prevalezca un nuevo régimen en armonía con sus deseos. Si los soldados quieren dificultarlo, los trabajadores sabrán organizar regimientos para barrer á los que osen hacerles fuego.»

Al terminar este discurso fué votado por aclamación el programa ya conocido de la Internacional.

La misma propaganda se ha hecho en las ciudades de Pennsylvania, dando por resultado el triunfo en las elecciones municipales de candidatos socialistas en el Ohío.

Uno de los grandes defectos de que todos los cargos públicos sean producto de la elección, es que los partidos procuran atraerse las diferentes tendencias, por descabelladas que sean, para conseguir el triunfo que da el número. Esto, que en diversas ocasiones había tenido lugar en los Estados-Unidos, se

ha reproducido ahora por hombres relacionados con los mismos Ministros de la República.

El Senador Stanley Matthews no ha tenido inconveniente en patrocinar un manifiesto en que se pedía que el Congreso estableciese una administración nacional de la industria, con todas las consecuencias inherentes á semejante absurdo en favor de los obreros.

No sólo aceptan los obreros la intervención del Gobierno central en la administración de las Compañías, sino que la solicitan, y por su parte Donahue, uno de los organizadores de la huelga, admitía el nombramiento de arbitros para arreglar la cuestión de los salarios; pero la dificultad está, además del nombramiento de los arbitros, en excogitar los medios oportunos para que prevalezcan sus acuerdos y determinar la base de éstos. Por desgracia tales cuestiones formarán de ahora en adelante parte de los programas políticos de los partidos, sin resolver por eso las numerosas dificultades que entrañan.

La aparición de ellas no provocará en los Estados de la Union americana un cambio en las instituciones políticas, porque hasta ahora no hay en aquel país ningún partido que las combata; pero traerá las perturbaciones y los desórdenes en las calles, y la inseguridad en la propiedad, como había predicho Macaulay.

Después de haber sido conducidos ante los tribunales por autoridades pusilánimes que no querían perder su influencia, los valerosos ciudadanos que se pusieron al lado del orden el día del peligro, como ha sucedido en algunos pueblos, es bien fácil comprender la penosa situación de una sociedad que tiene que elegir todos los cargos, y que se despierte entre los liberales más probados la idea de la restricción del sufragio, cuando menos para las elecciones municipales. No es fácil que triunfen estas ideas, y los Estados-Unidos pasarán como consecuencia de ello por guerras civiles, como sucedió en los pueblos antiguos, que comenzarán bajo la forma de huelgas, y que no tendrán más remedio, si se obstinan en no reformar sus instituciones, que la fuerza con todos sus peligros y todas sus desdichas.

vm

Útil enseñanza puede sacarse por los hombres pensadores de la cuestión que motiva este trabajo.

Hemos visto la imprevisión de aquel Gobierno que, á pesar de haber tenido el duro aviso de los motines de 1874 en Nueva-York y los terribles incendios de Chicago, aun seguía creyendo en la fuerza de sus instituciones, á la sombra de las cuales no podían ocurrir los sucesos que tantas veces han afligido á la Europa, porque, como decía Macaulay, aun no se habían puesto á prueba:

La impotencia constante de sus autoridades locales, como consecuencia de su exclusivo origen electivo, unido á la falta de medios de represión:

La inutilidad de la milicia, si se exceptúa el solo caso de la conducta heroica de la de Filadelfia venida á Pittsburg:

La escasez de fuerza militar permanente, probada ante una huelga que en último resultado no llegó á apoderarse, como hemos dicho, más que de la tercera parte del territorio, de cuya debilidad se lamentaba lo mismo el Presidente Haes que el Ministro de la Guerra.

Agréganse á todo esto el mayor de los peligros, el que vicia por completo el dogma de todas las agrupaciones políticas, haciéndolas buscar en la adopción de ciertos principios la fuerza numérica que lo representa y de que necesita para su triunfo en los comicios, desnaturalizando los suyos hasta poner en duda la propiedad, base de la sociedad presente, sin satisfacer por eso á la clase obrera.

Los grandes perjuicios á que ha dado lugar en los Estados-Unidos la huelga llamada «de los ferrocarriles, » por más que hayan tomado parte en ella todas las industrias.

El desarrollo de las asociaciones obreras, viniendo á influir sobre la situación penosa de los trabajadores, cuya organización pública hemos podido conocer en sus menores detalles,

así como la terrible intervención de la Internacional en aquel país en donde, á la sombra de sus libres instituciones, ha hecho alarde de sus verdaderos principios, que no tienen más norte que el cambio completo de nuestra organización social, formando todo estu un cuadro verdaderamente aterrador.

Pero si hemos podido apreciar hasta dónde han llevado aquellas asociaciones sus minuciosos preparativos para realizar su pensamiento de trastorno social, también hemos podido considerar cuál fue la suerte de las poblaciones indefensas, en que los hombres de orden encerrados en sus casas, esperaban del poder supremo federal, la salvación de sus vidas y propiedades.

Nunca como en los Estados-Unidos se ha visto lo peligroso de la apatía de los hombres amantes del orden, que casi siempre buscan en la política pesimista la salvación de sus intereses, sin reparar on las tristes y penosas consecuencias para todos. ¿De qué sirvió en Pittsburg la tardía intervención del poder federal para aquellos cuyas propiedades habían sido quemadas y sus mercancías y ganados destruidos.

En todas las sociedades es peligrosa esta conducta; pero más aun, si cabe, en un país como aquel en que la fuerza pública es tan escasa, y en que todas las autoridades penden de la elección , siempre varia, por sufragio universal.

No es que yo crea que la salvación de toda sociedad está únicamente en la fuerza; pero no puede tampoco ocultarse que cuando los que no tienen inconveniente en declararse enemigos públicos del órdon social se lanzan al terreno del combate, la sociedad no tiene más recurso que defenderse con la fuerza. Esto mismo ha sucedido en los conflictos que en aquel país, libre por excelencia han sobrevenido ; pero indudablemente si desde el principio se hubiera dado á la huelga su verdadera importancia, y los elementos de orden hubiesen hecho lo que en Nueva-York al anunciarse el gran meeting, la autoridad habría tenido, aun en aquel país que cuenta con tan pocos medios de fuerza material, el recurso de la opinión, siempre poderoso hasta entre los mismos alborotadores.

Es indudablemente un deber de los Gobiernos prevenir con sabias é inteligentes medidas las exigencias de las clases trabajadoras, ilustrándolas para evitar los conflictos; y el de los Estados-Unidos, en la ocasión que motiva el presente estudio, desconoció por completo esta importante obligación, tanto más necesaria, cuanto menores son los medios de represión con que cuenta aquella sociedad.

Entre ellos constituyen el más eficaz los hombres de orden, no dejándose intimidar y poniéndose desde luego al lado del Gobierno establecido para darle fuerza y evitar después del triunfo su abuso, origen las más veces de futuras revoluciones.

La mejor de las batallas para los Gobiernos es la que no se da, y si al fin hay que librarla, la verdadera represión no debe ir más lejos de lo absolutamente necesario, pues no habiendo medio de evitar que al día siguiente del combate haya vencedores y vencidos, es necesario que la generosidad del vencedor gane á sus adversarios.

Si esta conducta es conveniente siempre, lo es aún más en las monarquías, pues por lo mismo que tienen mayor fuerza, como decía el ilustre Macaulay, que los Gobiernos en todo dependientes de la elección, dentro del sufragio universal, deben más que ningún otro, evitar la lucha en que, si triunfan los Gobiernos, salen siempre perdiendo los Monarcas.

Verdaderamente no se concibe el abandono del Gobierno de los Estados-Unidos ante problemas tan graves como eran los que surgieron á consecuencia de la guerra de separación, cuando las costumbres de aquel país se prestan, como las de ningún otro, si se exceptúa la Inglaterra, á rectificar la opinión por medio de meetings ó conferencias públicas. Haciendo al obrero la cuenta clara y sencilla de sus gastos, se hubieran restablecido y justificado las condiciones del mercado.

Quizás este, entre otros sistemas que podían haberse adoptado, robustecido con el apoyo de la prensa periódica, que es una verdadera potencia en aquel país, hubiera modificado indudablemente la opinión de las clases trabajadoras y

preparado á los hombres de orden, dándoles la voz de alerta, para estar prevenidos el día del conflicto, en vez de dejarse acorrallar en sus propias casas, siendo juguete de los alborotadores.

Esta actitud de los hombres de orden, necesaria siempre, lo es más ahora, cuando lo mismo en los Estados-Unidos que en Francia y en Rusia, en las diferentes manifestaciones que ha hecho la Internacional, el fuego ha sido uno de sus principales medios de acción, demostrando que en la imposibilidad de hacer rica á toda la humanidad, busca en la destrucción de lo existente la nivelación en la miseria. Por otra parte, el espectáculo horrible que arrancaba aquellas sentidas palabras al ánimo afligido de Thiers al decir á la Cámara de Versalles, que París estaba ardiendo, y que el fuego envolvía ya las galerías de pinturas y la biblioteca del Louvre, es quizás lo que ha impresionado más á la muchedumbre calenturienta que hoy sueña con aquella catástrofe, la cual en medio del horror que inspira, tiene algo de grandioso, como decía Napoleón al ver envuelta en llamas á Moscou, aunque con el incendio se desvanecían todas sus esperanzas de una nueva conquista.

Los hombres pensadores que han asistido á estas grandes hecatombes de la Edad moderna, no pueden menos de confesar que el hombre siente en ellas una especie de vértigo que gana á los más pacíficos, y explica muchos de los grandes crímenes de la humanidad.

Es menester que ante peligros de la índole de los que hemos visto reproducirse en Francia y los Estados-Unidos, y amenazan constantemente en Rusia, en donde el nombre que ha tomado el socialismo bastaría para hacer comprender todo lo terrible de su misión, si no hubiese hecho público su catecismo la prensa europea; es menester, lo repetimos, que las sociedades y los Gobiernos se preparen por todos los medios á combatir tan cruel enemigo, sin olvidar que organizada hoy la fuerza pública en condiciones más generales que en otros tiempos, viniendo á constituirse, por la necesidad de grandes ejércitos, quizás la parte más valiosa de la juventud, no debe

confiarse exclusivamente en este medio para combatirlo, pues si no se purifica la atmósfera de los miasmas de la envidia y la sed de goces materiales que la inficionan, la peste se comunicará bien pronto á nuestros ejércitos, y en el momento del peligro quedará la sociedad completamente indefensa.

Es forzoso vivir la vida de los pueblos modernos en sus diferentes manifestaciones, pues sólo así podrán conjurarse los males inherentes á la nueva civilización.

Ala conspiración subterránea y oculta de las asociaciones obreras, oponer el examen y juicio público de su doctrina: á las funestas exigencias de la envidia, los grandes ejemplos de abnegación y patriotismo.

Hay que combatir el error que no soporta la luz y la controversia con sus antídotos naturales, y valerse de los medios inmensos que para propagar las sanas ideas proporcionan la prensa, el folleto, el libro, la cátedra y la tribuna. Siguiendo esta conducta, los Gobiernos podrán reprimir con más autoridad y mayor dureza á los enemigos del orden social.

Por eso al ver la gravedad de los hechos ocurridos en la América del Norte, y los que ayer sumían á la Francia en los mayores horrores y hoy preocupan al mundo entero, creemos más que nunca necesario llevar la luz á nuestras atrasadas clases obreras, las que, por la gran imaginación que especialmente caracteriza al pueblo español, tienen mayor facilidad de ser engañadas; y es bueno dar la voz de alerta, buscando en la verdadera doctrina el remedio á semejantes males y no confiar únicamente en la fuerza, no siempre eficaz, para la defensa de la sociedad amenazada en su misma constitución.

Lejos de mí la idea de motejar grandes reputaciones europeas, á quienes hemos visto por otra parte cometer graves faltas en cuestiones de la mayor importancia, y que tienen por cierto íntimo enlace con la que ahora nos ocupa. Estos hombres obcecados é imprevisores han tenido que modificar por completo su actitud, lo cual demuestra, aparte de otras consideraciones, que no habrían comprendido cuan poderosos auxi-

liares hubieran podido ser en el conflicto social sentimientos que sin piedad atacaban. La verdad es que no sólo con leyes represivas y absurdos reglamentos se corrigen estos grandes males y se precaven estos peligros.

A la prohibición de las asociaciones públicas substituyen fácilmente las sociedades secretas que no es dado al Gobierno vigilar, y menos todavía descubrir sus horrorosos planes. A la absurda censura de la palabra escrita, sobre todo en los países en que la imprenta no goza de la necesaria libertad, reemplaza la infame prensa clandestina, y á la ridícula reglamentación de la palabra en las Cámaras responden las carcajadas de la opinión.

Lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo: en las sociedades modernas hay que vivir á la moderna, y combatir los excesos de la libertad empleando los medios que la misma libertad suministra, que son cuando menos tan poderosos como los que usan los utopistas para sostener sus doctrinas.

Poner todas las esperanzas de una sociedad en la fuerza es siempre peligroso, y lo sería doblemente en un país como el nuestro, en que todos han convertido en arma política la fuerza pública, la cual, contaminada por los instintos de las clases en donde se recluta, podrá ser un tiempo la tiranía de la soldadesca desenfrenada, que es la peor de las tiranías.

I De qué ha servido su régimen absoluto, su represión constante y su Siberia á Rusia, para engendrar á los nihilistas, que predicán el más horrible de los socialismos I

En resumen, el mal social que preocupa al mundo moderno, es infinitamente más grave que el que aquejó al mundo antiguo, y portante es necesario hacerle rostro también á la moderna, sin por eso desconocer la poderosa influencia del sentimiento religioso, como quizás se ha hecho en Alemania, para fortalecer la conciencia de las clases obreras, que tal vez desconocen ú olvidan la ley del deber, y se lanzan á la lucha con la doble ceguedad de la pasión y de la ignorancia.

Si por desgracia llega el triste día del combate, el convencimiento que siempre produce el deber cumplido, da á la sociedad

doble fuerza para someter con mano dura y reducir á la obediencia á los que no pudiendo dominar en el terreno de la razón, buscan á la sombra del número un triunfo que, á la par que estéril para su causa y para todos peligroso, siempre deja un rastro de sangre y miserables ruinas. — EL MARQUÉS DE LA VEGA DE ARMIJO.